

ALGUNAS CUESTIONES SOBRE CRONOLOGIA Y DISPERSION DE LAS PUNTAS DE FLECHAS ORIENTALIZANTES EN LA PENINSULA IBERICA

Eduardo FERRER ALBELDA *

Resumen

Presentamos en este artículo el análisis de unos materiales, puntas de flecha de unas características muy concretas, cuyo encuadre espacial y cronológico no está bien definido. Basándonos en un examen detenido de la dispersión y de los contextos arqueológicos creemos que se pueden considerar como un *item* del período Orientalizante.

Summary

We present in this article the analysis of some materials, arrowheads with a very particular characters, which spacial and chronological clasification is not defined. Based on a accurate study of the dispersion and the archaeological contexts we believe it could be considered as an *item* of the Orientalizing period.

I INTRODUCCION

La investigación arqueológica centrada en el análisis del objeto/artefacto descontextualizado ha pasado de ser uno de los principales objetivos y eje metodológico de la Arqueología, a ocupar un puesto de deshonor en la actualidad.

Los estudios iconográficos y tipológicos, quizás por saturación, agotamiento o falta de objetivos históricos, han dado paso a otros métodos de análisis donde el objetivo fundamental es la reconstrucción del proceso histórico mediante una explicación de las formaciones sociales y económicas.

Nada más lejos de nuestra intención es convertir estas líneas en una reivindicación de los viejos esquemas ni en una apología de la "arqueografía", pero con ellas sí pretendemos expresar la necesidad de no abandonar el análisis del artefacto en sí, en tanto que *item* o huella material de un período concreto. Cuando, además, los artefactos

* Universidad de Sevilla

no se encuentran bien definidos en el espacio y en el tiempo, es el objeto de estudios se convierte en imprescindible.

Es este quizás el caso en el que nos encontramos, independientemente del resultado que aportemos, pudiendo constituirse en una buena muestra de las posibilidades de este tipo de análisis. Las puntas de flecha de bronce que pretendemos sistematizar, conocidas comúnmente como “de arpón y doble filo” o “de anzuelo”, han pasado prácticamente inadvertidas en la bibliografía arqueológica española, y los intentos al respecto parece que no han calado de manera efectiva, como lo demuestra la ausencia entre los repertorios de materiales de un período concreto y la imprecisión con que son analizadas las nuevas aportaciones.

Con anterioridad a la primera publicación monográfica sobre el tema en la Península Ibérica (GARCIA GUINEA, 1967), este tipo de armas se había documentado en yacimientos fenicio-púnicos como Villaricos (SIRET, 1906; ASTRUC, 1951) y Puig des Molins (VIVES, 1917), pero había pasado inadvertido entre los ricos ajuares de estas extensas necrópolis. En este paréntesis e incluso con posterioridad a la primera sistematización se le han atribuido funciones y cronologías poco acertadas, como instrumento de pesca (GARCIA Y BELLIDO, 1952, 318, fig. 214), o como parte integrante del armamento romano en Hispania (GARCIA Y BELLIDO, 1976, 83, fig. 83; HERNANDEZ PRIETO, 1984, 167, lám. I, 4).

Este inicio de la investigación sobre las puntas de arpón no puede desvincularse del proceso de renovación metodológica y de la generalización de los estudios relacionados con la colonización fenicia y su repercusión en el mundo tartésico a partir de los años sesenta. En este contexto, las excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en El Macalón (GARCIA GUINEA, 1960; GARCIA GUINEA-SAN MIGUEL, 1964) aportaron los primeros ejemplares en estratigrafía, y fue su excavador quien proporcionó una serie de hipótesis que aún hoy permanecen vigentes:

1) La procedencia oriental de los tipos y su vinculación con los colonizadores fenicios.

2) La cronología, en torno a los siglos VII-VI a.C., “en el tránsito a las influencias plenas mediterráneas de la Edad del Hierro” (GARCIA GUINEA, 1967, 72; MANCEBO-FERRER, 1988-89, 315).

Las décadas posteriores conocerán un avance sin precedentes en dos aspectos: tipología (SANCHEZ MESEGUER, 1974; RAMON, 1983) y difusión en la Península Ibérica (SCHUBART-NIEMEYER, 1969; BLAZQUEZ, 1975 y 1979; LOPEZ PALOMO, 1981; GONZALEZ PRATS, 1982 y 1983; AGUAYO y otros, 1986; CUADRADO, 1987; QUESADA, 1988; MANCEBO-FERRER, 1988-89; MURILLO, 1989). Pero los últimos intentos de sistematización (QUESADA, 1989 y 1992) expresan las dudas, sobre todo cronológicas, y la falta de unas bases sólidas sobre las que cimentar la investigación, debido fundamentalmente a la ausencia de las flechas en contextos arqueológicos.

En la actualidad, creemos que se dan los factores necesarios para la sistematización de estas armas (1). Para ello hemos contado con tres bases imprescindibles:

a) Un registro material muy abundante. De poco más de un centenar de ejemplares en los estudios precedentes, en este trabajo hemos documentado más de un millar y medio de flechas.

b) La procedencia. La treintena de yacimientos con flechas que jalonaban el sur y el este de la Península Ibérica (QUESADA, 1988: 11) se ha convertido ahora en más de ciento sesenta yacimientos dispersos por un área más extensa (Figs. 2, 3 y 4).

c) Una bibliografía corta pero con algunas cuestiones solucionados en parte -origen y tipología, por ejemplo-.

La metodología que hemos empleado en la elaboración del catálogo se concreta en tres aspectos. El primero, para lo que se ha creado una base de datos, recoge las características morfológicas y tipológicas de cada ejemplar. El segundo agrupa las características físicas y contextuales de los yacimientos, como emplazamiento, dimensiones, cercanía a cursos fluviales y fuentes de aprovisionamiento de agua, vías de comunicación, factores económicos (minas, salinas, tierras de labor, etc), además de las actividades arqueológicas (excavación, prospección) llevadas a cabo en ellos. Por último, el tercero de los aspectos se concreta en la bibliografía, relacionada directamente con las flechas o con los yacimientos de donde proceden sin estar contextualizadas.

Por cuestiones de espacio es imposible tratar todos los temas que el fenómeno suscita fuera y dentro de la Península Ibérica con el debido detenimiento (FERRER ALBELDA, 1993), por lo que preferimos centrarnos en la contextualización espacial y cronológica de los tipos metálicos en el solar hispano, dejando para otra ocasión temas no menos interesantes como las nuevas aportaciones tipológicas (Fig. 1), la dispersión por el Mediterráneo o los aspectos técnicos.

II CLASIFICACION DE LOS ASENTAMIENTOS: DISPERSION, VIAS DE COMUNICACION Y JERARQUIZACION

El estudio detallado de los yacimientos ha proporcionado una serie de características que dan uniformidad a más de centenar y medio de asentamientos que ocupan áreas muy diversas y distantes:

1. La localización topográfica en puntos bien protegidos, destacados y de fácil defensa, e idóneos para el hábitat humano (cercanía de cursos de agua, tierras de labor o cualquier factor económico determinante: minas, salinas). Un rápido muestreo de los topónimos actuales hace redundantes las descripciones. Con el topónimo se hace patente una realidad topográfica, de ahí que un tanto por ciento elevado de asentamientos co-

(1) Los mismos que ha posibilitado la elaboración de nuestra Tesis de Licenciatura *Nuevos documentos arqueológicos para la definición del Horizonte Orientalizante en la Península Ibérica*: Universidad de Sevilla, 1993 (inérita).

mience por el sustantivo “cerro”. En otros casos se especifica la forma de este -mesa o atalaya-, o bien se indica la ubicación de castillos en su cima, con lo cual, además del factor defensivo intrínseco, se añade el dato de la continuidad del hábitat y de su función en siglos posteriores. En ocasiones el topónimo hace mención a una realidad arqueológica, la dispersión del material cerámico en la superficie del yacimiento (villar o tejat).

2. A nivel macroespacial, la ubicación de los hábitats en las principales rutas naturales o comerciales del levante y sur peninsular, ya sean marítimas, fluviales o terrestres (Fig. 5).

3. Los contextos arqueológicos documentados, en la mayoría de los casos, se refieren al período Orientalizante.

4. Desde el punto de vista jerárquico, los asentamientos se consideran, en la mayoría de los casos, de primer orden.

II.1 Dispersión

Con respecto a la dispersión de las puntas de flecha en la Península Ibérica, incidimos en una idea expuesta no hace mucho (QUESADA, 1988, 8, fig. 4; Id, 1989, 169) basada en la comparación de los distintos mapas de dispersión que se han elaborado desde la primera publicación (GARCIA GUINEA, 1967, 86-87). Se observa un desplazamiento paulatino de los puntos de concentración hacia el oeste, de tal manera que si en un principio el núcleo se localizaba en el Sudeste (área murciana), las nuevas aportaciones desplazan este eje hacia occidente hasta llegar a una concentración localizada en el valle del Genil.

El mapa de dispersión que aportamos en este trabajo completa de alguna manera lo ya expuesto, incluyendo en este área de concentración otras zonas no documentadas con anterioridad. Podemos establecer las líneas básicas de dispersión:

a) la concentración se produce, con mayor o menor grado según las áreas, en todo el valle del Guadalquivir, la campiña que lo circunda y sus principales afluentes: Corbones, Genil y Guadajoz (Fig. 3).

b) a partir de estos puntos neurálgicos hay distintos ramales, bien comunicados con la depresión bética, que se localizan en:

b.1. el área extremeña

b.2. el área manchega (todavía esbozada)

b.3. el área levantina, que incluye el Golfo de León.

c) un grupo aparte lo forman los yacimientos costeros peninsulares e insulares que guardan unas características comunes que nos llevan a analizarlos independientemente.

Hecha esta división y teniendo datos en la mano como contextos arqueológicos y cronologías, absolutas o relativas, así como una noción clara del origen de estas puntas de flecha en la Península, podemos afirmar sin aventurarnos demasiado que los ejemplares hispanos delimitan perfectamente el solar tartésico y su *hinterland*. Sólomente hay un hecho señalado anteriormente (MANCEBO-FERRER, 1988-89: 327-

328) que añade desconcierto al panorama: no aparece ningún ejemplar en el área onubense, a partir aproximadamente del río Guadiamar hacia el oeste. Hemos pensado en una distorsión de la muestra al no estar en contacto con materiales de la zona, pero las indagaciones al respecto, a través de Cartas Arqueológicas y de referencias orales han sido infructuosas. De ser así, habría que preguntarse por las causas que motivaron el hecho, no debidas en ningún caso a la casualidad.

II.1.1 Primeros puntos de contacto

Otros aspectos derivados de la dispersión que podemos analizar son aquellos referentes a los primeros centros que recibieron este tipo de material, los centros de fabricación local (si los hubo) y las vías de comunicación que intervinieron en la difusión de las puntas de flecha.

En lo que se refiere los puntos de contacto, partimos de la idea de que el origen de los artefactos se asocia a la actuación fenicia y que, por lo tanto, es una introducción *ex novo* (QUESADA, 1988; MANCEBO-FERRER, 1988-89; MURILLO, 1989). Lógicamente los primeros centros en recibir el material metálico serían las colonias costeras desde las cuales se dispersarían a otros centros coloniales y hacia el interior. Los asentamientos costeros responden por entero a la noción que tenemos de las fundaciones fenicias en el Mediterráneo Occidental (PELLICER y otros, 1977).

La totalidad de ellos se emplazaron en islas o penínsulas junto a la desembocadura de ríos, que tienen un doble papel de defensa y de penetración hacia el interior. El Cerro del Prado se situó en el entonces estuario del río Guadarranque; Toscanos junto al único río importante de la costa malagueña, el Vélez; Cádiz en un isla bien guardada frente a la desembocadura del Guadalete; Villaricos en el estuario del río Almanzora, y *Ebussus* en un punto dominante de la bahía de Ibiza (Fig. 4).

De todos estos centros, sin duda *Gades* jugó un papel rector en la colonización y en el comercio fenicio, como indican las fuentes y los testimonios arqueológicos, siendo más que probable que a partir del foco gadeirita se irradiaran otros asentamientos que jalonarían las principales rutas marítimas y zonas de interés económico. De aquí parte la idea de que las factorías de la costa malagueña surgen a partir de un centro inicial ya formado, como parte de una planificación prefijada. En este sentido, Villaricos también se situaría en este grupo, ya que se asienta en una zona rica en minas de plata; y *Ebussus*, importante escala en la ruta del estaño hacia el golfo de León, cuyo núcleo original está emparentado con la zona del Estrecho y no con Cartago como se pensaba tradicionalmente (RAMON, 1981; FERNANDEZ y otros, 1985; GOMEZ BELLARD, 1991).

De la misma manera, la zona levantina, ejemplificada en el yacimiento de Peña Negra de Crevillente, se relaciona también con el Bajo Guadalquivir y la zona malagueña mediante las importaciones provenientes de estas áreas (GONZALEZ PRATS, 1986). La cuestión planteada se centra en la posibilidad de que este tipo de material, en un principio importado, se concentrara en un punto, por ejemplo Cádiz, y a partir

de aquí se difundiera a otros centros coloniales, desde los cuales partieran nuevas líneas de difusión hacia el interior. Por el contrario, también debemos considerar la posibilidad de que varios centros coloniales reciban a la vez las puntas de flecha y se conviertan en difusores en sus áreas de influencia. Sea como fuere, la realidad evidente es el éxito del tipo especialmente en los ámbitos interiores, lo que ha sugerido en más de una ocasión la fabricación local (QUESADA, 1989, 172).

II.1.2 Fabricación local

Ante este aspecto no estaremos en una situación más ventajosa mientras no surjan nuevas fuentes documentales. La posibilidad de que las flechas se fabricaran en la Península ya fue contemplada con base en la similitud de elementos morfológicos (arpón y hoja concretamente) entre los ejemplares hispanos, y en la existencia de un posible molde procedente “con probabilidad” de Ampurias (SANCHEZ MESEGUER, 1974: 101). Ambos argumentos son endebles y creemos improbable la procedencia ampuritana para los ejemplares del sur peninsular. Si acaso, todo lo contrario.

Otros elementos a tener en cuenta son los resultados de las escasas metalografías realizadas (QUESADA, 1989, 172), que, aunque deben ser tomados con precaución, pueden constituirse en orientativos. Hasta la fecha sólo se han hecho públicos los análisis metalográficos de tres piezas de Peña Negra que señalan una aleación binaria semejante a otros objetos como fíbulas de doble resorte o pinzas depilatorias del mismo yacimiento y horizonte cultural (GONZALEZ PRATS, 1983, 287-288).

De los resultados de la pieza del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) sólo conocemos las referencias aportadas por F. Quesada (1989, 172). El análisis muestra una aleación ternaria, con una gran proporción de plomo (23,45%) y residuos de plata, lo que se puede interpretar como mineral extraído del área de Sierra Morena. Además, detalles como el acabado menos cuidado de la pieza cordobesa y una solución metalográfica más tosca, hacen pensar con razón en una imitación local. Para corroborar estas hipótesis serían necesarios nuevos análisis metalográficos sobre una amplia muestra.

En cuanto a la dispersión de los tipos, creemos que ésta es la prueba más evidente de su fabricación peninsular. En primer lugar, la cantidad de asentamientos en los que se documentan, muchos de ellos fuera de los circuitos “internacionales” que canalizan objetos exóticos de diversa procedencia, propone más bien una distribución interna del producto. En este sentido, es mucho más costoso importar este elevado número de piezas que fabricarlas en la propia región donde van a ser distribuidas, máxime cuando las zonas de extracción de la materia prima están cercanas.

A esta idea contribuye también la capacidad metalúrgica tartesia a partir de la segunda mitad del siglo VII y, sobre todo, en el siglo VI a.C., una vez asimilados los sistemas de explotación minera y las técnicas metalúrgicas introducidas por los fenicios, como puede constatarse en otros objetos metálicos como braserillos, jarras,

elementos de carro, *thymiateria*, etc (MARIN CEBALLOS, 1993; BANDERA-FERRER, 1993), y en otras técnicas como el torno y la orfebrería, desarrolladas localmente a partir de los estímulos semitas (BANDERA, 1987; GONZALEZ WAGNER, 1983: 35-36).

En cuanto a los posibles centros de fabricación no encontramos respuestas inmediatas a este interrogante. Descartamos por el momento Huelva y su entorno por no haber arrojado ningún ejemplar hasta la fecha. Si atendemos a la concentración y la utilizamos como elemento indicativo, el posible o los posibles talleres deberían estar situados en algún punto cercano al valle del Genil, quizás en la zona de Ecija, o más al sur, en El Hacho de Benamejé, donde se documentan los ejemplares por cientos, o también en el área de Lora del Río, junto al Guadalquivir.

II.2 Vías de difusión

Las rutas que sirvieron de base para la difusión de estas armas están insinuadas en el mapa de dispersión (Fig. 5). Algunas hipótesis han señalado la posibilidad de dos rutas: una desde la costa malagueña y quizás gaditana a lo largo de los valles del Guadalquivir y sus afluentes, y la otra parte de Peña Negra por el curso del Segura (QUESADA, 1988, 10). El mapa de dispersión evidencia una verdadera difusión por áreas muy relacionadas entre sí, entre las que destaca la Alta Andalucía por ser un foco económico del máximo interés y encrucijada de caminos entre la Meseta sur, Levante, las costas sur y este de Andalucía y la depresión del Guadalquivir.

Ahora bien, el estudio de estas rutas plantea una serie de cuestiones:

1) El desconocimiento de las comunicaciones prerromanas en el sur de la Península es casi absoluto.

2) Se parte frecuentemente de la premisa errónea de que las vías romanas se construyen sobre los antiguos caminos, sin tener en cuenta que en ocasiones “los motivos y objetivos eran distintos” (ALVAREZ-GIL, 1988, 305).

3) Para que se establezca una comunicación tiene que haber una relación no hostil entre los colectivos relacionados, y un motivo económico, religioso o político (Ibid, 306).

4) El sistema de comunicaciones prerromano depende en gran medida de la topografía e hidrografía del territorio. Dada la inexistencia de “obras públicas”, las comunicaciones se desarrollan conforme a la “ley del mínimo esfuerzo”, evitando cualquier tipo de relieve, buscando vados y puertos naturales.

Las unidades geográficas que caracterizan el Mediodía peninsular se corresponden con la depresión bética, que desemboca en el golfo de Cádiz y está enmarcada al norte, sur y este por cadenas montañosas. Que duda cabe que las relaciones entre la costa mediterránea y el interior de la depresión dependerán de los pasos naturales y los valles excavados por los ríos. Otro tanto ocurre entre la Meseta y el Valle del Guadalquivir (Fig. 5). Las rutas que han descrito los hallazgos de flechas son:

II.2.1 Comunicaciones entre la costa y el interior

Es innecesario destacar el papel de los ríos en este aspecto y la importancia que suponen para la colonización fenicia, donde se intentan reproducir los esquemas utilizados en todo el Mediterráneo (BARTOLONI, 1990, 162). Los ríos que sirven de penetración hacia el interior son el Guadalquivir, en cuyas márgenes, prácticamente en cada meandro, se ubican asentamientos que documentan flechas; el Guadalete, enfrente de cuya desembocadura se encuentra *Gadir*, y en su curso alto Pancorvo; el Guadarranque, que da lugar a dos vías de penetración hacia el interior, una conecta con el valle del Guadiaro y con la depresión de Ronda, donde se sitúa *Acinipo*, y otra que dará lugar con posterioridad a la vía *Corduba-Carteia* y que discurre cercana a *Iptuci* y a Pancorvo.

El río Guadalhorce es otro ejemplo. En su curso alto se localiza el Pantano del Chorro, cercano a la vega de Antequera, donde se han documentado ejemplares de flechas, y en su desembocadura, la colonia fenicia del Cerro del Villar (AUBET, 1990, 310). El curso del río de Vélez se constituye en la comunicación natural con el Genil a través del paso de Zafarraya y la Vega de Granada, donde se localizan los cerros de Los Infantes, de la Mora y Colomera. En el estuario del río se ubicó la factoría de Toscanos, uno de los pocos asentamientos con flechas en estratigrafía (SCHUBART-NIEMEYER, 1969; SCHUBART-MAAS-LINDEMANN, 1984).

De la misma manera, la desembocadura del río Almanzora sirve de cobijo para el asiento de Villaricos. Es una de las pocas vías de comunicación de la costa almeriense con el interior, aunque la colonia no debe su fundación a este hecho sino a la cercanía del distrito minero de Herrerías.

Por último, el río Segura, cuya cabecera colinda con la del Guadalquivir está jalonado por yacimientos con flechas como El Cigarralejo, Cueva del Calor, Pericut y Bolbax.

II.2.2 Comunicaciones alternativas desde la costa atlántica hacia el interior

Las dificultades de navegación del río Guadalquivir potenciaron la frecuentación de otras rutas opcionales atestiguadas en los episodios de la Segunda Guerra Púnica y las Guerras Civiles (CHAVES-GARCIA, 1991, 149; CORZO, 1975, 213 ss.), que discurrían por las campiñas de Sevilla, Córdoba y Jaén. Estos caminos serán acondicionados para el tráfico permanente y sistemático en época romana, como la Via Augusta sobre cuyo trazado (CORZO, 1992, 89 ss.; SILLIERES, 1977, 331 ss.) hemos documentado los siguientes yacimientos: Mesas de Asta, Venta del Pino, La Monclova, Isla del Castillo, Los Abades, Cerro Perea, Cuesta del Espino, Colina de los Quemados, El Alcurrucén, LLanete de los Moros, Marmolejo, Los Villares de Andújar-Espeluy, Cerro Máquiz (*Iliturgi*) y Cástulo; y la denominada por CORZO (1992: 127) "Vía Ibérica" o "de las torres de Anfbal", jalonada en el recorrido propuesto por el autor por los asentamientos de Montemolín, Cerro de las Balas, Los Cosmes, El Guijo,

Fuentidueñas, Atalaya de la Moranilla, La Camorra de Las Cabezuelas, Los Castellares, El Hacho, Cuesta de los Pinos, Cerro de los Molinillos, Cerro Boyero y Cástulo.

II.2.3 Comunicaciones entre el valle del Guadalquivir y la Meseta

El ejemplo extremeño es el más significativo en el cambio del sistema de comunicaciones desde el período prerromano a época romana por motivos económicos. La red viaria romana, conocida como “Vía de la Plata” se articula en el eje Sevilla-Mérida en función de la fundación de *Emerita Augusta* y la transformación consiguiente de las rutas hacia el sur. Con anterioridad se frecuentaron otras vías. La más antigua, recorrida por yacimientos del Bronce Final (ALVAREZ-GIL, 1988, 305 ss.), se fundamenta en la existencia de un camino natural que pone en contacto la costa atlántica con las tierras extremeñas y la Meseta Norte mediante el curso del Guadiana y la falla de Plasencia.

Sin embargo, “a partir del 600 a.C deja de ser utilizada”. Se ha producido un cambio por causas no del todo aclaradas pero de consecuencias evidentes, que supone la transformación de los ejes hacia un sentido SE-NO y la preferencia por los contactos con el Valle del Guadalquivir en detrimento del área onubense. Este viario es el seguido por las puntas de flecha, proyectándose dos rutas: una desde la zona sevillana, siguiendo el Ribera de Huéznar, por LLerena, y otra que comunica Córdoba con Medellín, mediante el curso del Guadiato, donde Cancho Roano cobra sentido (ALVAREZ-GIL, 1988, 315). Este último camino discurre cerca de yacimientos como Pozoblanco, Hinojosa del Duque y La Estrella, y puede explicar la no utilización de la ruta más antigua del Guadiana en la distribución de las flechas (hecho que se produciría en el siglo VI a.C.), coincidiendo con la ausencia de estos testimonios en el área onubense y portuguesa.

La zona sureste de la Meseta es un área de dispersión sólo esbozada por ahora, ya que se han documentado un sólo ejemplar en Daimiel y otro en la Hoya de Santa Ana. Las rutas de penetración han podido ser varias; dos desde Andalucía, una por Despeñaperros, en cuyo recorrido se encuentra el yacimiento de Los Guindos, y otra siguiendo el curso del Jándula, y una tercera desde Levante.

II.2.4 Comunicaciones entre el valle del Guadalquivir y la costa mediterránea

La barrera montañosa con dirección NE-SO a lo largo del río Guadalquivir hace que las comunicaciones con la costa mediterránea sean dificultosas y limitadas a los pasos naturales: la depresión de Ronda, donde se ubica Acinipo y la vega de Antequera, a la que se accede por los cauces de los ríos Guadalhorce y Campanillas y conecta con el valle del Guadalquivir a través del Corbones y el Genil. Es la ruta más representada.

II.2.5 Comunicaciones entre la Península Ibérica e Ibiza

El asentamiento arcaico de Ibiza parece que se relaciona con las fundaciones fenicias del Círculo del Estrecho (BARCELO, 1984-85, 76) y con la ruta del estaño, en

la que representa una escala importante con las costas catalana y languedociense, donde abundan las ánforas fenicias tipo R-1 y las puntas de flecha de los tipos tratados (Ampurias, Ullastret, Pech Maho, Castellet de Fontvieille, Marsella).

II.3 Jerarquización de los asentamientos

La impresión que hemos extraído del catálogo de yacimientos donde se documentan los artefactos es que son casi siempre asentamientos de primer orden, independiente del área geográfica donde se encuentren. Muchos se convierten en municipios y colonias romanas y la mayoría se ubican en importantes vías de comunicación. Pero para una valoración adecuada de la jerarquización dependemos exclusivamente de los análisis espaciales de las áreas afectadas, en cualquier caso muy desiguales y con grandes lagunas.

En la Alta Andalucía, el patrón de asentamiento se basa en factores como la capacidad agrícola del suelo y la estrategia (altura y visibilidad)= factores económicos y político-militares, lo que da lugar a tres líneas de poblamiento en sentido horizontal. Una coincide con el cauce del Guadalquivir, donde se establecen grandes *oppida* cuyo origen arranca del Bronce Final -La Aragonesa, La Ropera, Los Villares, Espeluy, Cerro Máquiz- (RUIZ y otros, 1987, 241). Otros asentamientos de menor tamaño tienen su razón de ser en las posibilidades defensivas y estratégicas -es el caso del Castillo de las Huelgas, que vigila el paso de la depresión Bailén-La Carolina donde Cástulo es el centro indiscutible- (RUIZ, 1978, 263).

La segunda línea coincide con el límite de la Campiña Baja con la Alta; en él se localizan grandes *oppida* como Torrebenzalá en Jaén, y Cerro Boyero, Torreparedones y Ategua en la provincia de Córdoba (RUIZ-MOLINOS, 1984, 191; RUIZ y otros, 1987, 247). Por último, la tercera línea, la Campiña Alta, con menores posibilidades agrícolas, desarrolla asentamientos de menor tamaño: El Morrón y Cerro Miguelico.

En la campiña cordobesa, parece que se siguen los mismos patrones. Algunos *items* como la cerámica figurativa o las puntas de flecha son utilizados como definidores de la importancia del asentamiento durante el período Orientalizante (MURILLO, 1991b, 67). Los hábitats de primer orden se caracterizan por su gran extensión, ubicación estratégica y existencia de obras de fortificación: Cerro de Los Molinillos, Torreparedones, Ategua, Cerro Boyero, Morana, Villavieja (MURILLO, 1991a). En otros, la continuidad del poblamiento es índice de una elección acertada: Castillo de Aguilar, de Montilla, de Monturque, Espejo, Castro del Río, Cuesta de los Pinos, Montoro, etc.

En la Subbética cordobesa, la documentación de puntas de flecha se limita exclusivamente a los grandes asentamientos: Camino del Tarajal, Cerro del Puerto, La Almanzora, Cerro de Las Cabezas y Castillo de Carcabuey (VAQUERIZO y otros, 1991a, 136-137; ID, 1991b, 6-7).

Por último, en la zona sur de la provincia de Cáceres, entre los ríos Tajo y Guadiana, los dardos catalogados proceden de los asentamientos conocidos como “poblados

de Ribero”, donde la topografía destacada y la cercanía de las minas de cobre y plata parecen ser los factores determinantes del asentamiento: Villavieja del Castillejo de la Orden, Sansueña y Castillejo de Santiago del Campo (ONGIL, 1986-87: 321 ss.).

III CUESTIONES CRONOLOGICAS

En el debate sobre la cronología de este tipo de armamento en la Península Ibérica hay dos tendencias divergentes:

a) aquella que enlaza el origen oriental con una cronología centrada en los siglos VII-VI a.C., admitiendo alguna perduración para los casos inequívocos, pero sin dejar de insistir en que el período de fabricación y uso de las flechas se corresponde con el período Orientalizante (GARCIA GUINEA, 1967; MANCEBO-FERRER, 1988-89; MURILLO, 1989 y 1991b; QUESADA, 1988 y 1989).

b) aquella otra que defiende la cronología orientalizante pero dan como válida la perduración en plena época ibérica (SANCHEZ MESEGUER, 1974; GONZALEZ PRATS, 1982 y 1983). Siguiendo esta línea, López Palomo (1987) prolonga su uso hasta la Baja Epoca sin datos estratigráficos que lo avalen.

Para apoyar la primera línea, revisaremos los contextos arqueológicos donde aparecen, incorporando algunos detalles que se han pasado por alto.

III.1 El Macalón (Nerpio, Albacete)

Se han documentado un total de seis puntas de flecha en este asentamiento. La primera pieza se recuperó en la campaña de 1958 (GARCIA GUINEA, 1960, 736; ID, 1967, 70), en un nivel de cenizas, junto a “cerámica de tinajas” y fragmentos de cerámica gris espatulados. Los cinco ejemplares restantes se hallaron en 1959, en un grueso nivel de cenizas que incluía un plato de engobe rojo, cerámica bruñida y ánforas (GARCIA GUINEA-SAN MIGUEL, 1964, 31). En definitiva, la especificación de que se documentan en una segunda fase del poblado, posterior a un primer momento con cerámicas a torno, nos induce a pensar en una fase avanzada del Orientalizante, en la segunda mitad del siglo VII o VI a.C.

III.2 Alhonoiz (Herrera, Sevilla)

El contexto en que apareció el ejemplar es inequívocamente orientalizante. Lo proporcionó el estrato II de la campaña de 1978 (LOPEZ PALOMO, 1981a y 1981b, 256), caracterizado por una proporción superior al 60% de cerámicas a torno, entre las que destacaban las grises y policromas, un plato de engobe rojo, y cerámica bruñida con y sin decoración. El autor data el estrato a lo largo del siglo VII y a principios del VI a.C, quizás forzando la fecha para que concuerde con la cronología de un dardo idéntico documentado en Troya en el 600 a.C. En este sentido, pensamos que el estrato II, dentro de la Fase II de Alhonoiz, debe ser datado algo más tarde, como pronto a fines del siglo VII a.C., pero sobre todo en el VI a.C., por la aparición de cerá-

mica gris con engrosamiento interior propios de esta centuria, atendiendo a las fases IV y V de Setefilla o los niveles 20-18 de Cerro Macareno (ESCACENA, 1987, 279).

III.3 Peña Negra (Crevillente, Alicante)

Las puntas de flechas aparecidas en el yacimiento levantino a lo largo de varias campañas son en total catorce, de las que sólo diez pueden aportarnos datos contextuales. El primero fue hallado en el corte 4N, sector IA, nivel I, característico del Horizonte II de Peña Negra (GONZALEZ PRATS, 1979, 116-119, fig. 83, nº 16; ID, 1982a, 259, fig.1, nº 1). En la campaña de 1978, en el nivel I del corte C1, sector IB, se recuperó otro ejemplar en las mismas circunstancias contextuales (GONZALEZ PRATS, 1982a, 259, fig. 1, nº 2). El tercero se documentó en el sector V, que comprende el poblado de El Forat y el recinto ibérico de El Castellar, en un contexto confuso ya que el estrato ibérico está contaminado con materiales del siglo VI a.C. (GONZALEZ PRATS, 1986).

Las excavaciones en el sector VII han aportado varios ejemplares. La campaña de 1980-81, uno en el nivel superficial y dos más en el estrato Ic-Id, pavimento donde se apoyan los derrumbes del poblado orientalizante (GONZALEZ PRATS, 1982b: 323, 365); y la undécima campaña (1986) volvió a documentar tres ejemplares en el estrato Ib, correspondiente a las ruinas de las estructuras -último momento de la fase Peña Negra II-, y uno en el corte B10, Area 6, exterior del edificio, junto a un vaso ovoide de cerámica gris (GONZALEZ PRATS-RUIZ, 1991, 63, fig. 14).

Podemos deducir de los datos expuestos que las puntas de flecha corresponden al Horizonte IIB de Peña Negra, datado a lo largo del siglo VI a.C. (600-550/535 a.C.), y definido por la presencia significativa de importaciones provenientes de la costa malagueña y de la Baja Andalucía (GONZALEZ PRATS, 1983, 182; Id, 1986, 285 ss.), constituyendo un documento material característico de la fase de destrucción del poblado.

III.4 Acinipo (Ronda, Málaga)

Este asentamiento se constituye en uno de los más interesantes para el estudio de las flechas en su contexto. Sin embargo, la falta de una Memoria de excavaciones y de estudios parciales, descripciones, fotografías o dibujos, impiden por el momento evaluar correctamente los datos y justifican el carácter provisional de las conjeturas que hagamos.

Según se desprende de los informes, las puntas de flecha (no sabemos el número aunque sí su tipología, pues las denominan de “barbillón” o “tipo Macalón”) aparecen en dos fases consecutivas de ocupación. En la etapa que se denomina “Bronce Final con cerámicas a torno” y se data en la segunda mitad del siglo VIII a.C., se documentan los primeros ejemplares asociados a construcciones de planta circular y rectangular, y a las primeras cerámicas fabricadas a torno: de engobe rojo, pintadas polícromas, tipo “Cruz del Negro”, grises y ánforas. La cerámica a mano -dos tercios

del total- mantiene la tradición alfarera del período precedente (AGUAYO y otros, 1986; AGUAYO y otros, 1991, 565).

Tras ésta se abre una nueva etapa, Hierro Antiguo u Orientalizante, que supone la asunción de los nuevos patrones urbanísticos y elementos materiales de tipo oriental a lo largo del siglo VII a.C. La producción a torno superará a la manual, y también aumentará la proporción de objetos metálicos: broches de cinturón de un sólo garfio, fíbulas tipo Alcores y las mencionadas flechas (AGUAYO y otros, 1987, 302; AGUAYO y otros, 1991, 565). Después de esta fase, el sector se abandona hasta época romana.

Con las precauciones debidas, creemos excesivamente altas las cronologías asignadas a las dos fases, especialmente a la última, que se puede datar perfectamente en el siglo VI a.C. A lo largo de esta centuria en algunos asentamientos del Valle del Guadalquivir (ESCACENA, 1987) o de la costa, como Toscanos (SCHUBART y otros, 1963, 153) se producen abandonos, reestructuraciones o construcciones de murallas. En Acinipo este hecho está perfectamente documentado, pues también se han realizado excavaciones arqueológicas en la nueva fundación, denominada "Silla del Moro", construida de nueva planta con un recinto fortificado.

III.5 Toscanos (Torre del Mar, Málaga)

Este yacimiento fenicio ha proporcionado la excusa para atribuir una cronología alta a los ejemplares hispanos, basándose en la datación general de la factoría en los siglos VIII y VII a.C. De las tres piezas documentadas, dos fueron encontradas en estratigrafía, la primera en los trabajos iniciales (SCHUBART-NIEMEYER, 1969, 212, fig. 4b), y la segunda en el corte 19a (SCHUBART-MAAS-LINDEMANN, 1984, 204, fig. 23). Hay que señalar que se han omitido detalles significativos referentes al primer ejemplar. Este apareció "en los estratos superiores" de Toscanos, que "le señalan una continuación hasta finales del siglo VII a.C., cuando no hasta entrado el siglo VI a.C." (SCHUBART-NIEMEYER, 1969, 218). En definitiva, la vida de la factoría parece que concluyó en el siglo VI a.C., fecha en que "fue destruida en parte y en arte abandonada" no volviéndose a habitar hasta época de Augusto.

III.6 Sancti Petri (Cádiz)

La flecha fue hallada en el transcurso de las excavaciones en el interior del Castillo de Sancti Petri (Cádiz). Aunque los datos de esta campaña aún permanecen inéditos (2), el contexto arqueológico, consistente en fragmentos cerámicos de engobe rojo y grises, remite a la segunda mitad del siglo VII y siglo VI a.C.

III.7 Villaricos (Almería)

Las dificultades que ofrecen los ejemplares de esta necrópolis proceden de la misma causa que de otros yacimientos que, como Puig des Molins, fueron excavados y pu-

(2) Agradecemos a D. Ramón Corzo y a D. Angel Muñoz la información proporcionada sobre este ejemplar.

blicados a principios de siglo. El desorden y la falta de criterios de datación (por otro lado establecidos muy posteriormente) impiden por el momento poder precisar más en aspectos contextuales y cronológicos. De la publicación de SIRET (1906, 78-79, Lám. VI; 39-40, Lám. VII, 4) se han podido distinguir dos o tres puntas incluidas en el catálogo como “objetos varios”.

La ordenación llevada a cabo por M. Astruc (1951) ha hecho posible la identificación de cuatro piezas presumiblemente incluidas en los ajuares de otros tantos enterramientos. Dentro del grupo A -sepulturas de incineración depositadas en la zona U, considerada como el área funeraria más antigua de la necrópolis-, se documentó un ejemplar en la sepultura 436 (ASTRUC, 1951, Lám. IX, 2), que contaba en su ajuar con un huevo de avestruz. La cronología del grupo A es antigua, como muy tarde del siglo VI a.C. y se le suele relacionar con sepulturas del interior como Carmona y Setefilla (ASTRUC, 1951, 162).

Las tumbas 414,II y 277,2, del grupo J, contenían también flechas (Lám. XLIX, 1 y 3). Este grupo está formado por tumbas hipogeicas que contienen a la vez incineración e inhumación, con ajuares de cronologías amplias. Ambos enterramientos se acompañaban de huevos de avestruz.

Por último, la pieza procedente de la tumba 777 (Lám. XLIX, 2), que se incluye en el tipo I (sepulturas de incineración datadas en el siglo IV a.C.), es significativo que apareciese en el corredor de la tumba, por lo que su pertenencia al ajuar nos parece en todo improbable.

III.8 Cástulo (Linares, Jaén)

Este asentamiento ha sido uno de los que mayor número de puntas de flecha ha aportado. Sin embargo, la nota común es la ausencia de contextos fiables. Un lote numeroso se documentó durante la campaña de 1971, en la limpieza de la muralla romana, acompañado de material revuelto de diversas épocas (BLAZQUEZ, 1979, 277, fig. 142).

Con anterioridad había aparecido otro ejemplar en la necrópolis de Baños de la Muela (BLAZQUEZ, 1975, 186). Aunque la flecha figura como integrante del ajuar de la tumba XIII, este aspecto no está en absoluto aclarado. La misma excavación del enterramiento conlleva anomalías; la tumba se detectó en el perfil N de un corte que se dejó como testigo para conocer a fondo la morfología de la tumba. “De entre las cenizas del perfil se recogieron tres objetos”: un anillo de bronce de sección rectangular, una cuenta de pasta vítrea azul con esferas en relieve y círculos en amarillo, y la mencionada flecha. Tanto las características de las tres piezas como la circunstancia del hallazgo nos hacen dudar de la cronología que el autor propone, en torno al siglo IV a.C. Quizás la superposición de los enterramientos, como ocurre en otras necrópolis de Cástulo como Los Patos o Estacar de Robarinas, pudo ocasionar que las tumbas más modernas -las ibéricas- destruyan los estratos orientalizantes. Se producen de esta manera remociones y mezcla de contextos, en cuyo caso creemos que nos encontramos.

III.9 El Cigarralejo (Mula, Murcia)

La inclusión de una punta de flecha en el ajuar de la tumba 282 de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo ha sido la razón esgrimida por la mayoría de los autores que apuestan por una perduración de los tipos en plena época ibérica. En realidad se trata de un contexto cerrado e inequívoco. La estructura de la tumba y el ajuar, con cerámicas áticas, aseguran una datación centrada en el primer cuarto del siglo IV a.C. (CUADRADO, 1987, 491). Sin embargo, debemos realizar algunas consideraciones:

a) se trata del único ejemplar documentado fehacientemente en un horizonte ibérico en toda la Península Ibérica.

b) su pertenencia a un ajuar no indica en absoluto fabricación o distribución, sino uso (QUESADA, 1989, 169). Además, éste pudo ser bien distinto al de origen, máxime cuando el enterramiento presenta un ajuar identificado como femenino (fíbulas anulares, fusayolas, joyas). Incidiendo en este aspecto podemos señalar que la pieza presenta un orificio muy característico en el cañón, pudiendo haber servido de colgante, explicación que creemos más verosímil que como la causa de la muerte de la difunta (CUADRADO, 1987, 491). La aparición de una punta de flecha de estos tipos en una tumba merovingia de Chatonoise (Francia), reutilizada probablemente como arma o amuleto (BENOIT, 1956, 18), puede ser indicativo de un fenómeno similar.

c) por último, y en relación con el primer punto, es también casi un *unicum* en los contextos funerarios. De más del centenar y medio de yacimientos catalogados, sólo en las necrópolis de El Cigarralejo, Villaricos, Puig des Molins y Hoya de Santa Ana, aparecen puntas de flecha (en estas últimas no presentan relación directa con enterramientos), por lo que podemos afirmar sin reparos que estos artefactos se documentan casi exclusivamente en hábitats y no en necrópolis.

III.10 Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)

Como en los resultados metalográficos, para la valoración cronológica del ejemplar de Montoro contamos únicamente con las referencias de Quesada (1988, 4-5). Apareció en la campaña de 1980, en el estrato XIIIb del corte R-2, que, al parecer, es un “relleno revuelto pero homogéneo, fechable entre el siglo V y la primera mitad del IV a.C.”. La Memoria de Excavaciones (MARTIN DE LA CRUZ, 1987) incluye sólo la descripción de los cortes R-1 y R-6, por lo que no podemos hacer una labor crítica al respecto. Sólo destacamos el hecho de ser un estrato de relleno y además revuelto, y que los niveles correspondientes al período Orientalizante antiguo y medio fueron cortados por construcciones posteriores, produciéndose un *hiatus* en la ocupación del asentamiento a mediados del siglo VI a.C. (RUIZ-MOLINOS, 1992, 67).

III.11 Cerro del Prado (San Roque, Cádiz)

La problemática que presentan los dos ejemplares aparecidos en la reciente excavación (ULREICH y otros, 1990, 239) no deriva de los contextos en que se documentan, sino de la misma publicación, ya que en la descripción de los materiales no

se detallan los estratos que los contienen. Los autores solamente hacen eco de que es un “indicio de influencia griega en este tiempo”, reseñando acto seguido las piezas de Toscanos y Peña Negra, y añadiendo, si cabe, mayor confusión, ya que los contextos en ambos casos son claramente fenicios o relacionados con sus actuaciones.

Hemos realizado un repaso apresurado por los contextos arqueológicos, aunque hay que hacer notar que representan una mínima proporción del total documentado; la extensa mayoría carece de ellos. Ahora bien, algunos datos referentes a la dispersión de estos materiales pueden ofrecernos dataciones relativas.

En Ibiza, las puntas de flecha proceden del área sepulcral del Puig des Molins (VIVES, 1917, 58, Lám. XV; TARRADELL-FONT, 1975, 209-211, fig. 84) o de yacimientos muy cercanos a la ciudad -Es Soto, Cap Martinet, Sal Rosa- (Fig. 4), concretamente lo que se conoce como “Es Pla de Vila” (RAMON, 1983, 318), hecho que este autor relaciona con la expansión del asentamiento fenicio en el siglo VII-VI a.C. Las flechas serían testimonio de una probable intimidación contra los indígenas de la isla.

Se desvinculan así de la actuación púnica posterior, en la que algunos autores han querido ver el origen de los tipos menos frecuentes, documentados sólo en asentamientos “púnicos” como Villaricos o la misma Ibiza (RAMON, 1983, 321).

Un argumento en favor de esta hipótesis puede ser que en la expansión por la isla que tendrá lugar sobre todo a partir del siglo IV a.C., no se utilice este tipo de armas, lo que explicaría la ausencia de flechas en los numerosos yacimientos rurales de la isla (GOMEZ BELLARD, 1986, 177 ss.). Creemos, por lo tanto, que la datación de los ejemplares ibicencos debe atribuirse a los primeros momentos de la colonización de la isla, muy relacionada con el “Círculo del Estrecho” y con las ánforas arcaicas R-1 y PE-11, así como con la actividad comercial, intensa en el siglo VI a.C., que prospera en Levante y en el Golfo de León.

En la costa francesa, concretamente en Pech Maho (BARRUOL, 1971, 377-378; SOLIER, 1976-78, 213; SOLIER, 1978, 156), en el Castellet de Fontvieille (BENOIT, 1956, 18, fig. 8, 2) y en Marsella, se documentan ejemplares de los mismos tipos que los hispanos en niveles bien datados por las cerámicas griegas en el siglo VI a.C.

Los datos cronológicos relativos que aportan los hallazgos de la Subbética cordobesa son utilizados teniendo como premisa que las puntas de flecha de los tipos tratados son un fósil guía del período Orientalizante en el Valle Medio del Guadalquivir (MURILLO, 1991a y b). En este sentido, el interés de la zona, al igual que otras áreas “marginales”, reside en la posibilidad de aproximarnos a la datación del impacto orientalizante, y mediante ésta, de las flechas. A juzgar por las últimas investigaciones, este impacto se produjo en un momento avanzado del siglo VII a.C., con cierto retraso en comparación con otras áreas colindantes como la Campiña, según se deduce de datos como la escasez de barniz rojo, perfiles evolucionados de las cerámicas grises y las mismas puntas de flecha (VAQUERIZO y otros, 1991a, 136-137; ID, 1991b, 6-7). Este esquema de comportamiento creemos que puede extrapolarse a otras áreas

como la giennense o Extremadura, donde los influjos de tipo oriental provienen del Bajo Guadalquivir y tienen lugar en la segunda mitad del siglo VII a.C. (FERRER-MANCEBO, 1991, 138).

El último argumento que utilizamos es un documento *ex silentio*. Se ha propuesto recientemente la “escasa o nula utilización del arco en la guerra, y en la caza posiblemente” en época ibérica, como consecuencia del menosprecio a este tipo de armas por ser consideradas poco nobles (QUESADA, 1989, 193). En el exhaustivo muestreo que el autor hace de poblados y necrópolis del Mediodía y Levante, son contados los casos. Además, encuentra un paralelo coetáneo en Grecia.

Hemos analizado, hasta donde los datos arqueológicos nos han permitido, dónde y cuándo se utilizaron estos artefactos. También nos corresponde en este lugar dar respuesta a los interrogantes ¿por qué? y ¿quién?, si bien estas preguntas no tienen una contrapartida tan inequívoca como la de las anteriores. Para ambos aspectos tenemos que recurrir de nuevo a los contextos arqueológicos. Destacaremos cuatro aspectos:

1) Los ejemplares aparecen casi siempre en habitats, en raras ocasiones en necrópolis, y nunca en ocultaciones en el campo.

2) Se documentan aisladas, a lo sumo algunas piezas juntas, pero nunca atesoradas ni almacenadas en recipientes.

3) El estudio estadístico nos ha permitido constatar que más de la mitad de las piezas presentan algún tipo de traumatismo; están normalmente despuntadas, dobladas, con un gran orificio en el cañón (con probabilidad originado por el impacto contra un objeto duro, que hace saltar el remache), con el arpón desgajado o la base del cubo rota. Estos signos son sin duda huellas de uso violento.

4) Los contextos arqueológicos mejor documentados nos informan de estratos relacionados con destrucciones, abandono o confusión.

Peña Negra de Crevillente puede ser utilizado como asentamiento modelo. Su evolución se ve alterada por una destrucción repentina que impide retirar la vajilla de uso diario y obliga a realizar ocultaciones. El abandono de la ciudad orientalizante es seguido en un momento más o menos inmediato, pero dentro de la primera mitad del siglo V a.C., por la construcción de la fortificación ibérica de El Castellar (GONZALEZ PRATS, 1986).

El caso de El Macalón también es significativo: las flechas aparecieron en un grueso estrato de cenizas. La explicación de los autores es expresiva y por ello la transcribimos textualmente: “Dada la enorme cantidad de ceniza que envuelve estas viejas cerámicas más profundas, es de suponer acabase este género de poblado con un gran incendio, tal vez provocado por los pueblos más avanzados en culturas más desarrolladas, que arrasan este primitivo hábitat y sobre las cenizas constituyen los primeros muros de viviendas claras de El Macalón. ¿Quiénes son estos pueblos?. Difícil es averiguarlo, pero el hecho de que vengan ya provistos de puntas de flecha de tipo Macalón y de abundante cerámica a torno, entre las que se destacan las ánforas tipo greco-púnico,

es de suponer se trate de pueblos más evolucionados y en más directo contacto con las cuestiones mediterráneas” (GARCIA GUINEA-SAN MIGUEL, 1964, 41).

En Toscanos parece ocurrir otro tanto de lo mismo. La factoría fenicia en parte se abandona y en parte se destruye. En la desembocadura del río Vélez se produce una reorganización del poblamiento durante el siglo VI a.C., que se traduce en el ocaso de algunos asentamientos como el Cerro del Peñón, el mismo Toscanos y la fortificación de Alarcón, y el nacimiento de otros como la necrópolis de Jardín (SCHUBART-ARTEAGA, 1986, 512-513).

El caso de Acinipo, aunque no del todo conocido, parece similar. Se abandona en el siglo VI a.C., trasladándose la población a la “Silla del Moro”, donde se levanta un asentamiento de nueva planta con una potente muralla (AGUAYO y otros, 1991, 95-99).

En el ámbito languedociense también tenemos un ejemplo claro de este fenómeno. En Pech Maho (Sigean, Aude), las excavaciones han proporcionado más de setenta flechas en los estratos de incendio del poblado junto al complejo defensivo, de manera que se interpretan como las armas empleadas para el asedio del poblado (SOLIER, 1978, 156).

Cerdeña presenta un fenómeno similar. En Cuccureddus de Villasimius, la aparición de estas armas se relaciona con la destrucción del centro comercial, ocurrida en torno al 530 a.C., y evidenciada en el incendio del núcleo habitado (BARTOLONI, 1990, 167; FERRER ALBELDA, 1993, 238).

Los argumentos en los que nos basamos creemos que son suficientes para rechazar la hipótesis de la posible función premonetal de las flechas (GONZALEZ WAGNER, 1988; GLEZ. WAGNER-ALVAR, 1989), ante la imposibilidad de conexión con el modelo premonetal pónico (FERRER ALBELDA, 1993, 282 ss.).

Estos datos, unidos a la estimación cronológica que propone el siglo VI a.C. como el período de uso generalizado en la Península Ibérica, nos ha sugerido la posibilidad de contemplar hasta que punto estos documentos materiales pueden ser utilizados como indicadores de actividades bélicas y qué papel pudieron desempeñar en la crisis de Tartessos.

Las causas de la decadencia tartésica han suscitado teorías e hipótesis de todo género. Para algunos supuso “un marcado retroceso que le hace perder su papel de vanguardia en muchos aspectos en los que antes fue a la cabeza” (ESCACENA, 1987, 274), ejemplarizado en la desaparición de asentamientos, en fenómenos de destrucción, abandono o reducción de hábitats (Alhonor, Carmona, Colina de los Quemados, El Carambolo, Ategua) y en la construcción de potentes murallas (Cerro de las Cabezas, Torreparedones).

No es este el lugar idóneo para hacer un análisis profundo de las causas que motivaron tal fenómeno, por otro lado tarea inabarcable en un trabajo de estas características, dada la disparidad de interpretaciones, pero sí para valorar la posibilidad de conflictos político-militares internos que conlleven la intervención militar, y con ella el uso de las flechas. Hemos intentado agrupar las distintas explicaciones en dos

tendencias divergentes: una, explicaría la decadencia de la cultura tartésica mediante un agotamiento de las estructuras internas generado por la crisis metalúrgica y la falta de rentabilidad de los filones del área onubense, esto es, agotamiento frente a destrucción (GONZALEZ WAGNER, 1983; FERNANDEZ JURADO, 1987; RUIZ MATA, 1987; ALVAR y otros, 1992).

Otros investigadores por el contrario apuestan por una intervención externa como causa de la crisis tartésica, atribuyendo la responsabilidad a Cartago en su lucha contra el comercio focense (SCHULTEN, 1972; FRUTOS, 1987 y 1991), aunque esta hipótesis ha recibido fuertes críticas (para el estado de la cuestión ver ALVAR y otros, 1992).

La explicación que creemos más acertada se fundamenta en la depresión económica originada por la crisis de los metales (competición focense en el comercio del estaño, dificultades técnicas de extracción, irrupción del hierro). Las consecuencias fueron graves para el equilibrio de la sociedad tartésica, basado en las relaciones entre la aristocracia y el comercio fenicio, en la demanda fenicia de metales y en la oferta de productos manufacturados. La ruptura de esta estabilidad que duda cabe que tuvo repercusiones en el plano socio-político, de tal manera que González Wagner (1983: 31) identifica la crisis económica con la ruptura de la tendencia unitaria de la “confederación tartésica”, y por ello surge una fragmentación política semejante a la que encuentran los Bárquidas en el siglo III a.C.

Nosotros vemos en esta inestabilidad política el caldo de cultivo de continuos conflictos entre pequeñas confederaciones de ciudades, bandas armadas e incipientes ejércitos, que obligan a traslados de población y a la construcción de defensas, y que acaban temporalmente o para siempre con la vida de importantes centros.

Las flechas serían propias del asedio y su fabricación se incrementaría al ritmo de la demanda, de manera que vemos el uso de éstas como el arma común, generalizada, y no como el arma-tipo de un ejército invasor.

Las dudas que plantea esta explicación se originan por la ausencia de flechas en el área onubense, precisamente donde más debió repercutir la crisis, y por la generalización de los conflictos en todo el sur de la Península, en zonas muy distantes del área nuclear tartésica.

En definitiva, creemos posible el uso de las flechas orientalizantes en los conflictos desencadenados por el ocaso de la cultura tartésica, en la medida que se considera el arma apta para el asalto a poblados amurallados y cuya fabricación no requiere grandes infraestructuras [se puede pensar en la fabricación itinerante, dada las características de los moldes (FERRER ALBELDA, 1993, 265-266), acompañando a los ejércitos], y teniendo en cuenta los datos contextuales expuestos *supra*.

Addenda: Recientemente hemos tenido noticias de puntas de flecha de los tipos analizados halladas en asentamientos de primer orden como Cerro Perea (Ecija, Sevilla), Baena La Vieja (Córdoba), y Medina Sidonia (Cádiz), así como un nuevo ejemplar documentado en estratigrafía en la colonia fenicia de Malaka, en su fosa fenicia-púnica, dato que redunda en la cronología propuesta por nosotros (siglo VI a.C.). J. Gran-Aymerich (1991): *Málaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles 1981-1988*, p.251. Paris.

Bibliografía

- AGUAYO, P.; CARRILERO, M. y DE LA TORRE, M^a. (1986): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución" *Arqueología Espacial* 9, 33-58. Teruel.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M.; DE LA TORRE, M^a. y FLORES, C. (1987): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985" *AAA* '85, II, 294-303. Sevilla.
- AGUAYO, P.; CARRILERO, M. y MARTINEZ, G. (1991): "La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga)" *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, 559-571. Roma.
- ALVAR, J.; MARTÍNEZ, C. y ROMERO, M. (1992): "La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tarteso" *Habis* 23, 39-52. Sevilla.
- ALVAREZ, A. y GIL, J. (1988): "Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura" *TP* 45, 305-316. Madrid.
- ASTRUC, M. (1951): "La necrópolis de Villaricos" *Informes y Memorias* n^o 25. Madrid.
- AUBET, M^a. E. (1990): "Cerro del Villar. Informe de la primera campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)" *AAA* '87, II, 310-316. Sevilla.
- BANDERA ROMERO, M^a. L. de la (1987): *La Joyería Orientalizante e Ibérica de la mitad sur peninsular (ss. VI al I a.C.)*. Tesis Doctoral microfch. Sevilla.
- BANDERA, M^a. L. de la y FERRER, E. (1993): "Thymiateria orientalizantes en bronce. Nuevas aportaciones y consideraciones" *Homenaje al Prof. Presedo Velo*, 43-60. Sevilla.
- BARRUOL, G. (1971): "Sigean (Aude). Informations archéologiques" *Galia* XXIX, 1, 378-379. Paris.
- BARTOLONI, P. (1990): "Aspetti precoloniali della colonizzazione fenicia in Occidente" *RSF* XVIII, 2, 157-167. Roma.
- BENOIT, F. (1956): "Relations de Marseille grecque avec le monde occidental" *Rivista di Studi Liguri* I, 5-32.
- BLAZQUEZ, J. M^a. (1975): "Cástulo I" *Acta Arqueológica Hispana* 8. Madrid.
- (1979): "Cástulo II" *EAE* 105. Madrid.
- CHAVES, F. y GARCIA, E. (1991): "Reflexiones en torno al área comercial de Gades: Estudio numismático y económico" *Gerión. Homenaje al Dr. Michel Ponsich*, 139-168. Madrid.
- CORZO, R. (1975): "La Segunda Guerra Púnica en la Bética" *Habis* 6, 213-240. Sevilla.
- CORZO, R. y TOSCANO, M. (1992): *Las vías romanas de Andalucía*. Sevilla.
- CUADRADO, E. (1987): "La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo (Mula, Murcia)" *BPH* XXIII. Madrid.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1987): "El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir" *Iberos*, 237-297. Jaén.
- FERNANDEZ GOMEZ, J. H.; GOMEZ, C. y GURREA, R. (1985): "La première phase de la colonisation punique à Ibiza" *BAR* 229, 785-796. Oxford.
- FERNANDEZ JURADO, J. (1987): "El poblamiento ibérico en Huelva" *Iberos*, 315-333. Jaén.
- FERRER ALBELDA, E. (1993): *Nuevos documentos arqueológicos para la definición del horizonte Orientalizante en la Península Ibérica: las puntas de flecha*. Tesis de Licenciatura (inédita). Sevilla.
- FERRER, E. y MANCEBO, J. (1991): "Nuevos elementos de carros orientalizantes en la Alta Andalucía. Algunas precisiones en torno a su función, significado y distribución" *CuPAUAM* 18, 141-176. Madrid.
- FRUTOS, G. de (1987): *Las relaciones entre el Norte de África y el sur de Hispania desde la colonización fenicia a la decadencia de Cartago*. Tesis Doctoral microfch. Sevilla.
- FRUTOS, G. de (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*. Ecija, 1991.

- GARCIA GUINEA, M. A. (1960): "Excavaciones y estratigrafías en el poblado ibérico de El Macalón (Nerpio, Albacete)" *R.A.B.M.* 68, 2, 709 ss. Madrid.
- (1967): "Las puntas de flecha con anzuelo y doble filo y su proyección hacia Occidente" *AEspA* XL, 69-87. Madrid.
- GARCIA GUINEA y SAN MIGUEL, J. A. (1964): "El poblado ibérico de El Macalón (Albacete). Estratigrafías. Segunda Campaña" *EAE* 25. Madrid.
- GARCIA Y BELLIDO, A. (1952): "La colonización fenicia desde sus comienzos hasta la fundación de Ibiza (siglo XI hasta 654)" *Historia de España de R. Menéndez Pidal*, 311-336. Madrid.
- (1976): "El ejército romano en Hispania" *AEspA* XLIX, 59-101. Madrid.
- GOMEZ BELLARD, C. (1986): "Asentamientos rurales en la Ibiza púnica" *Los Fenicios en la Península Ibérica*, I. Barcelona.
- (1991): "La fondation phénicienne d'Ibiza et son développement aux VIII^e et VI^e s. av. J.C." *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, I, 109-112. Roma.
- GONZALEZ PRATS, A. (1979): "Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente, Alicante (1^o y 2^a campañas)" *EAE* 99. Madrid.
- (1982a): "La Peña Negra IV. Excavaciones en el sector VII de la ciudad orientalizante, 1980-1981" *NAH* 13, 305-418. Madrid.
- (1982b): "Las puntas de flecha con arpón de la Sierra de Crevillente (De Protohistoria alicantina I)" *Ampurias* 44, 275-261. Barcelona.
- (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente, Alicante*. Anejo I de Lucentum. Alicante.
- (1986): "La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (campaña de 1982)" *NAH* 27, 143-264. Madrid.
- GONZALEZ PRATS, A. y RUIZ, E. (1991): "Nuevos datos sobre urbanística y cultura material en el Hierro Antiguo del Sudeste (Peña Negra, 1986)" *Lucentum* IX-X, 51-75. Alicante.
- GONZALEZ WAGNER, C. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos" *AEspA* LVI, 3-36. Madrid.
- (1988): "Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al este del Estrecho" *Actas del I Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar"*, I, 419-428. Ceuta.
- GONZALEZ WAGNER, C. y ALVAR, J. (1989): "Fenicios en Occidente: La colonización agrícola" *RSF* XVII, 61-102. Roma.
- HERNANDEZ PRIETO, M^a. A. (1984): "Objetos metálicos de época romana aparecidos en Calahorra" *Calahorra. Bimilenario de su fundación*, 161-172. Madrid.
- LOPEZ PALOMO, L. A. (1981a): "Bronces y plata tartésicos de Alhnoz y su *hinterland*" *Zephyrus* XXXII-XXXIII, 245-261. Salamanca.
- (1981b): "Alhnoz. Excavaciones de 1973 a 1978" *NAH* 11, 169-271. Madrid.
- (1987): "Iberos y celtas en la Penillanura de Los Pedroches (Córdoba)" *Revista de Arqueología* 69, 37-45. Madrid.
- MANCIBO, J. y FERRER, E. (1988-89): "Aproximación a la problemática de las puntas de flecha en época orientalizante. El yacimiento de Pancorvo (Montellano, Sevilla)" *Zephyrus* XLI-XLII, 315-330. Salamanca.
- MARIN CEBALLOS, M^a. C. (1993): "La colonización fenicia de la Península Ibérica en la época arcaica. Problemas y evidencias" *Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba, 1988.
- MURILLO REDONDO, J. (1989): "Nuevas puntas de flecha con doble filo y arpón procedentes de yacimientos andaluces" *XIX CNA*, I, 457-465.
- (1991a): *Análisis del poblamiento durante el Bronce Final y el período Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir*. Tesis Doctoral (inédita). Córdoba.

- (1991b): “El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro en la Campiña de Córdoba” *II Encuentros de Historia Local: La Campiña*, I, 63-79. Córdoba.
- ONGIL, M^a. I. (1986-87): “Los poblados de Ribero. Análisis territorial” *Zephyrus* XXXIX-XL, 321-328. Salamanca.
- PELLICER, M.; MENANTEAU, L. y ROUILLARD, P. (1977): “Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: el cerro del Prado” *Habis* 8. Sevilla.
- QUESADA SANZ, F. (1988): “Nuevas puntas de flecha con anzuelo en Andalucía Occidental” *Ariadna* 5, 3-15. Palma del Río, Córdoba.
- (1989): “La utilización del arco y las flechas en la Cultura Ibérica” *TP* 46, 161-201. Madrid.
- (1992): “Notas sobre el armamento ibérico de Almedinilla” *AAC* 3, 113-136. Córdoba.
- RAMON, J. (1981): *Sobre els orígens de la colònia fenícia d'Eivissa*. Ibiza.
- (1983): “Puntas de flechas fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales inéditos” *Homenaje al Prof. Almagro Basch*, II, 309-323. Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1987): “La formación de la cultura turdetana en la bahía de Cádiz a través del castillo de Doña Blanca” *Iberos*, 299-314. Jaén.
- RUIZ RODRIGUEZ, A. (1978): “Los pueblos Iberos del Alto Guadalquivir” *CPUG* III, 255-284. Granada.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1984): “Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campiñas del Alto Guadalquivir durante el horizonte pleno ibérico (un caso de sociedad agrícola con Estado)” *Arqueología Espacial* 4, 187-205. Teruel.
- (1992): *Los Iberos*. Ed. Crítica. Barcelona.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M.; HORNOS, F y CHOCLAN, C. (1987): “El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir” *Iberos*, 239-256. Jaén.
- SANCHEZ MESEGUER, J. (1974): “Nuevas aportaciones al tema de las puntas a barbillon” *CuPAUAM* 1, 71-101. Madrid.
- SCHUBART, H. y MAAS-LINDEMANN, G. (1984): “Toscanos. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971” *NAH* 18, 149 ss. Madrid.
- SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. (1969): “La factoría paleopúnica de Toscanos. (Resultados de las excavaciones estratigráficas)” *Tartessos y sus problemas. V Simposium de Prehistoria Peninsular*, 203-219. Barcelona.
- SCHULTEN, A. (1972): “Tartessos”. Madrid.
- SILLIERES, P. (1977): “Prospections le long de la via Augusta” *Habis* 8, 331-343. Sevilla.
- SIRET, L. (1906): “Villaricos y Herrerías” *Memorias de la Real Academica de la Historia* XIV. Madrid.
- SOLIER, Y. (1976-78): “La culture ibero-languedocienne aux VI-V siècles” *Ampurias* 38-40, 213 ss. Barcelona.
- (1978): “Les oppida du Languedoc “iberique”: aperçu sur l’évolution du groupe narbonnais” *II Colloqui Internacional D’Arqueologia de Puigcerdá*, 153-167. Puigcerdá.
- TARRADELL, M. y FONT, M. (1975): *Eivissa cartaginesa*. Ed. Curial. Barcelona.
- ULREICH, H.; NEGRETE, M^a. A.; PUCH, E. y PERDIGONES, L. (1991): “Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Schuttang der phönizischen Ansiedlung an der Guadarranque-Mündung” *MM* 31, 195-250. Mainz.
- VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. y QUESADA, F. (1991a): “Avance a la prospección arqueológica de la Subbética Cordobesa: la Depresión Priego-Alcaudete” *AAC* 2, 117-170. Córdoba.
- (1991b): “Protohistoria y Romanización en la Subbética cordobesa. Avance de los resultados obtenidos en las prospecciones arqueológicas desarrolladas hasta 1990” *Antiquitas* 2, 3-17. Priego de Córdoba.
- VIVES ESCUDERO, A. (1917): *Estudio de arqueologia cartaginesa. La necropoli de Ibiza*. Madrid.

MAPA 1. Índice de yacimientos.

- | | | |
|-----------------------------|------------------------------|---------------------------------|
| 1. Cortijo de los Ostos | 54. Moratalla | 106. Espeluy |
| 2. Castillo de la Plata | 55. El Encinarejo | 107. Cerro Máquiz |
| 3. Cerro Molino | 56. Castillo de la Floreta | 108. Castillo de Las Huelgas |
| 4. Cerro Redondo | 57. Hornachuelos | 109. Puente del Obispo |
| 5. Cerro del Bollo | 58. San Sebastián | 110. Ubeda La Vieja |
| 6. Palmar de Troya | 59. Colina de los Quemados | 111. Cástulo |
| 7. Pancorvo | 60. Cuesta del Espino | 112. Cerro Bravo |
| 8. Cerro del Mocho | 61. Cortijo de la Reina | 113. Los Guindos |
| 9. Venta del Pino | 62. Silla de Caballo | 114. Sabiote |
| 10. El Viso del Alcor | 63. Ategua | 115. Llano de Santiesteban |
| 11. Mesa de Alcolea | 64. La Camorra | 116. Los Teatinos |
| 12. Las Torrecillas | 65. Fuente de los Eucaliptos | 117. Cerro del Manantial |
| 13. La Fuente de la Mujer | 66. Los Carramolos | 118. El Berrueco |
| 14. Arva | 67. Molino Blanco | 119. Torrebenzalá |
| 15. Algarín | 68. Cabeza de Vaca | 120. El Morrón |
| 16. Los Alamitos | 69. Castillo del Hornillo | 121. Cerro Miguelico |
| 17. Fuente de los Fresnos | 70. Castillo de Montilla | 122. Planada de Jimena |
| 18. Mesa del Almendro | 71. Castillo de Aguilar | 123. Peal de Becerro |
| 19. Mesa de Lora | 72. Cerro de la Horca | 124. Cerro del Obispo |
| 20. Villa Concepción | 73. Castillo de Dos Hermanas | 125. Cerro Colomera |
| 21. Cerro de las Monjas | 74. Espejo | 126. Cerro de la Mora |
| 22. Cortijo del Charco | 75. Castro del Río | 127. Cerro de los Infantes |
| 23. Celti | 76. Viñas de Castro | 128. Toscanos |
| 24. Cerro de San Pedro | 77. Torreparedones | 129. Acinipo |
| 25. Las Tinajillas | 78. Cerro Boyero | 130. Pantano del Chorro |
| 26. La Monclova | 79. Viñas del Viejo | 131. Cerro del Prado |
| 27. Cerro de las Balas | 80. Cerro de los Molinillos | 132. Sancti Petri |
| 28. Montemolín | 81. Nueva Carteya | 133. Iptuci |
| 29. Cerro de la Atalaya | 82. Cuesta de los Pinos | 134. Mesas de Asta |
| 30. Urso | 83. Zambra | 135. Llerena |
| 31. Cerro Chocolatero | 84. Villavieja | 136. Villanueva de la Serena |
| 32. Los Cosmes | 85. Cerro del Castillo | 137. Cerro Hornachuelos |
| 33. Los Villares | 86. Los Castellares | 138. Villavieja del Castillejo |
| 34. Estepa | 87. Morana | 139. El Castillejo de Santiago |
| 35. Alhonor | 88. El Hacho de Benamejí | 140. Sansueña |
| 36. Cocherón de las Huertas | 89. El Tejar | 141. Daimiel |
| 37. Los Abades | 90. Cerro de los Toros | 142. Villaricos |
| 38. Alcotrista | 91. Castillo de Carcabuey | 143. Coimbra del Barranco Ancho |
| 39. La Alcuza | 92. Camino del Tarajal | 144. Bolbax |
| 40. El Batán | 93. Cerro del Puerto | 145. Pericut |
| 41. El Castillejo | 94. La Almanzora | 146. Cueva del Calor |
| 42. Friillas | 95. Cerro de Las Cabezas | 147. El Cigarralejo |
| 43. Fuentidueñas | 96. Cortijo de Estella | 148. El Macalón |
| 44. El Guijo I | 97. El Alcurrucén | 149. Hoya de Santa Ana |
| 45. El Villar I | 98. Llanete de los Moros | 150. Peña Negra |
| 46. Zayuelas | 99. La Estrella | 151. Corral de Saus |
| 47. Atalaya de la Moranilla | 100. Pozoblanco | 152. Bastida de Les Alcuses |
| 48. Huerta del Caño | 101. Hinojosa del Duque | 153. Acrópolis de Ibiza |
| 49. Isla del Castillo | 102. La Aragonesa | 154. Puig des Molins |
| 50. El Picate I | 103. Marmolejo | 155. Es Soto |
| 51. El Santo Siervo I | 104. La Ropera | 156. Cap Martinet |
| 52. Sotillo Gallego | 105. Los Villares | 157. Sal Rosa |
| 53. La Saetilla | | 158. Ampurias |
| | | 159. Ullastret |
| | | 160. Calahorra |

FORMA \ TIPO	1	2	3	4
1				
2				
3				
4				
5				

Fig. 1. Tabla tipológica de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica.

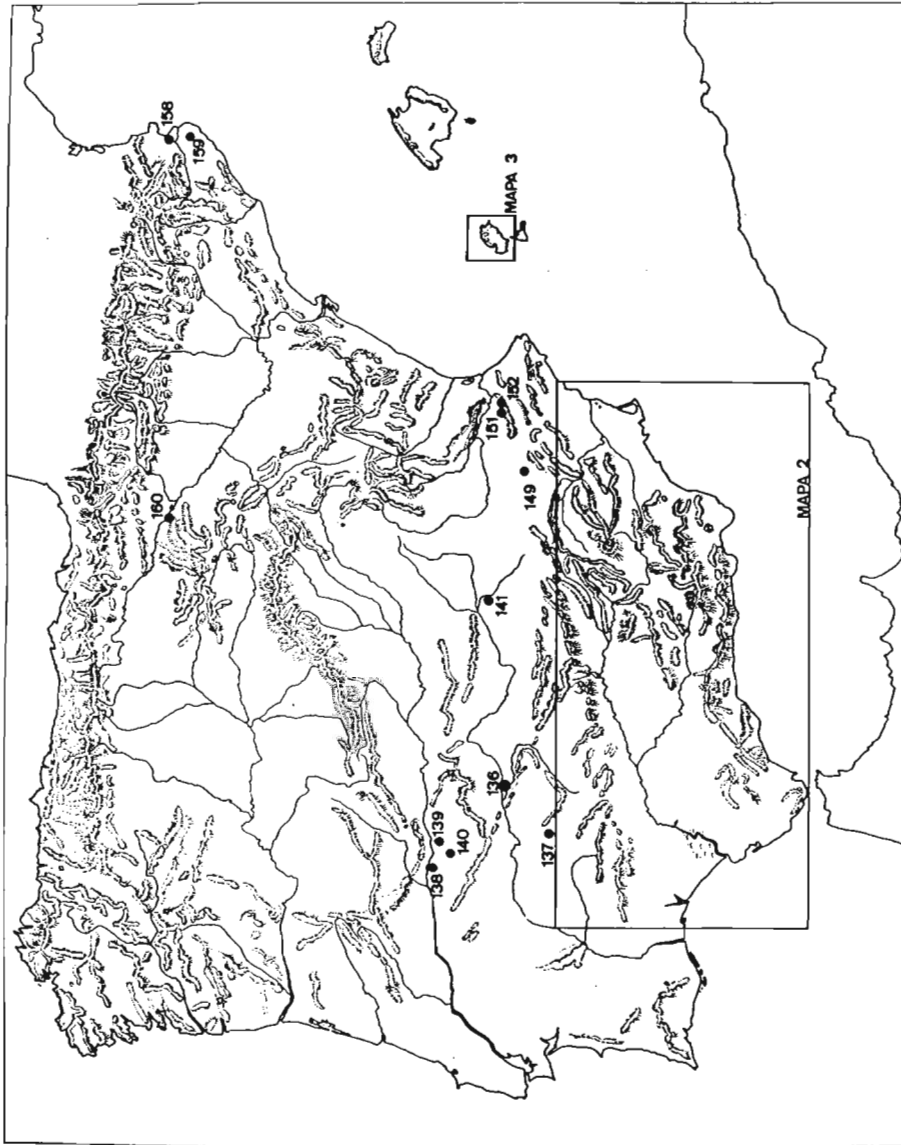


Fig. 2. MAPA 1. Dispersión de yacimientos.



Fig. 3. MAPA 2. Dispersión de las puntas de flecha en el Sur peninsular.

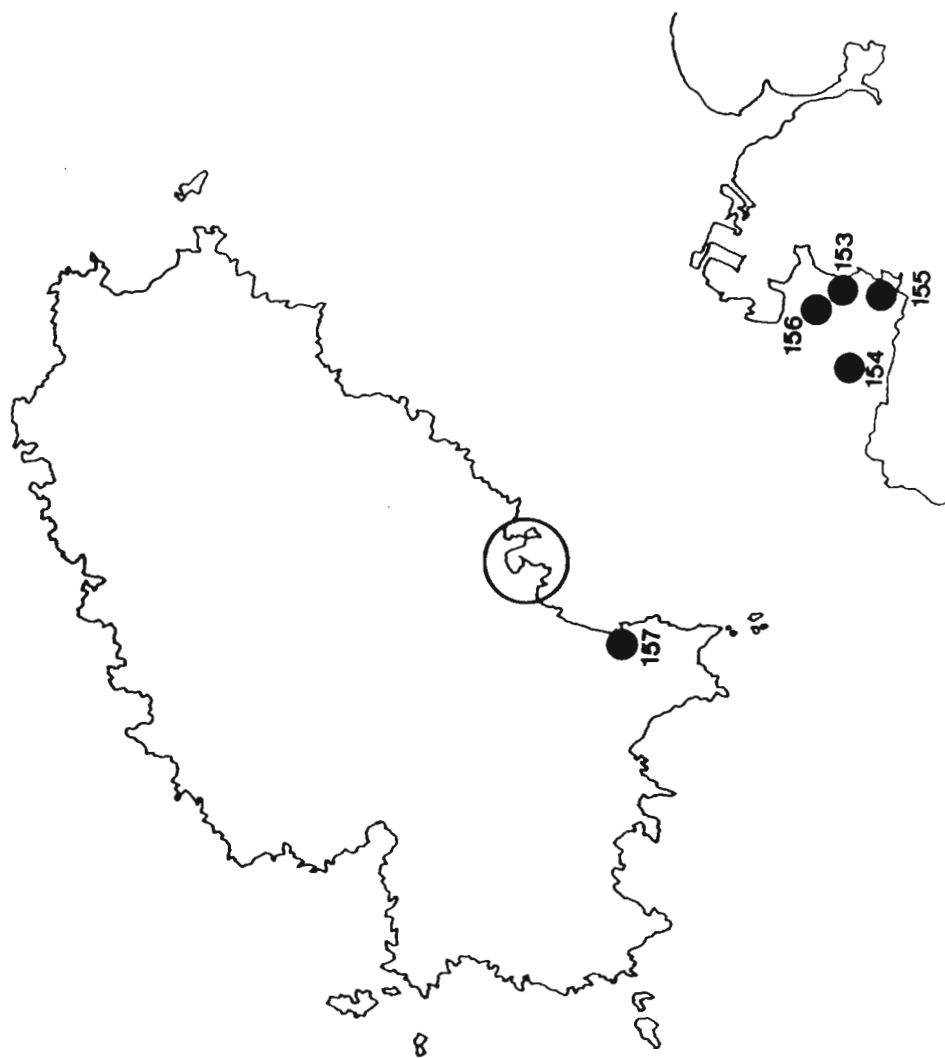


Fig. 4. MAPA 3. Dispersión de las puntas de flecha en Ibiza.

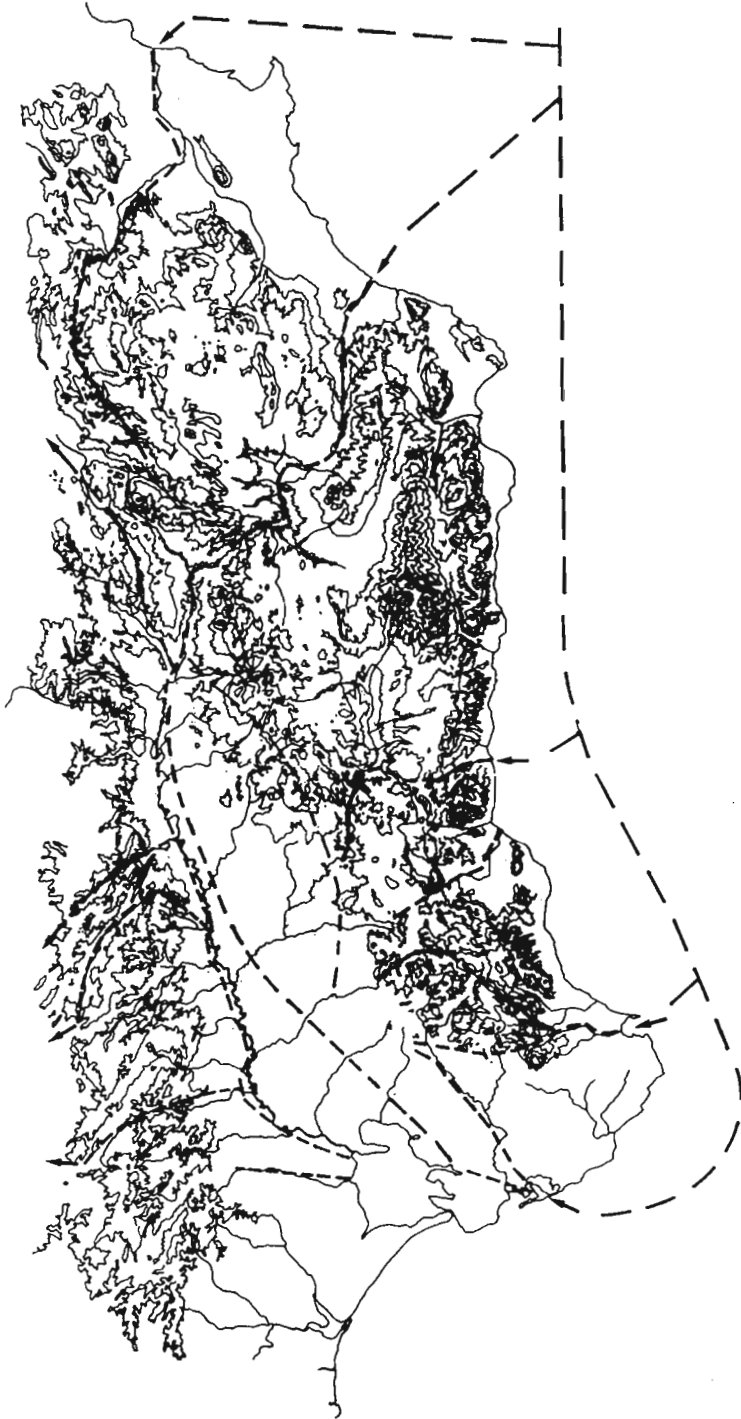


Fig. 5. Principales rutas de dispersión de las puntas de flecha orientalizantes.